Raúl Zibechi*

ECOS DEL SUBSUELO: RESISTENCIA Y POLÍTICA DESDE EL SÓTANO

La insurgencia era un empeño motivado y consciente de las masas rurales. No obstante, esta conciencia parece haber recibido poca atención en la literatura que trata de este tema. La omisión se encubre en la mayoría de los relatos con metáforas que asimilan las revueltas campesinas a fenómenos naturales [...] Se buscará, alternativamente, una explicación a partir de una enumeración de causas que desencadenan la rebelión como una especie de acción refleja. En cualquiera de los casos, la insurgencia es considerada como algo externo a la conciencia campesina y la Causa se erige como sustituto fantasma de la Razón.

La prosa de la contrainsurgencia
Ranajit Guha

Un rasgo deplorable del espíritu occidental consiste en relacionar las expresiones y las acciones con fines externos o trascendentes, en lugar de considerarlas en un plan de inmanencia según un valor intrínseco.

Rizoma
Gilles Deleuze y Félix Guattari

EN LOS ÚLTIMOS QUINCE AÑOS, en América Latina, los movimientos que fueron capaces de plantear desafíos de envergadura al sistema –revueltas, levantamientos y movilizaciones que desestabi-

* Miembro del Consejo de Redacción del semanario *Brecha* de Montevideo y docente de la Multiversidad Franciscana de América Latina (MFAL), Uruguay.

lizaron el dominio de las elites– nacieron en los “márgenes” de la sociedad establecida y están siendo protagonizados por los más pobres, los privados de derechos sociales y políticos. Los movimientos de los “sin” –sin techo, sin tierra, sin trabajo, sin derechos...– han mostrado un vigor tal que se han colocado a menudo en el centro del escenario político.

La irrupción de estos nuevos actores ha desplazado al movimiento sindical de su tradicional protagonismo en buena parte de los países, tanto como la fuerza social transformadora que fue, como por su capacidad de promover cambios en las formas de acción social. Pero los movimientos actuales también han desplazado a la izquierda, especialmente en las coyunturas de crisis extrema que han vivido las sociedades cuando el modelo neoliberal comenzó a agrietarse. Esto resultó visible de forma transparente durante las revueltas en Argentina (entre 1997 y diciembre de 2001) y Bolivia (septiembre-octubre de 2003), y de forma incipiente también durante la crisis uruguaya del invierno de 2002, cuando los más pobres protagonizaron saqueos ante la pasividad del movimiento sindical que, en ninguno de los casos, consiguió estar a la altura de las circunstancias que se vivían.

Estos nuevos actores han provocado también hondas conmociones en otros países (indios y pobres urbanos de Ecuador, Venezuela, Paraguay y México, entre los más destacados); en Brasil, los excluidos (sin tierra y, en menor medida, sin techo) han planteado desafíos profundos a los sucesivos gobiernos, incluyendo al encabezado por Luiz Inacio Lula da Silva. Lo cierto es que la acción de los nuevos protagonistas, nacidos en la intersección de los viejos actores reconfigurados y los nuevos pobres producidos por el modelo neoliberal, ha conseguido modificar el mapa social y político del continente, poniendo al modelo a la defensiva por primera vez.

Por último, como lo demuestran las insurrecciones argentina y boliviana, pero también las movilizaciones en Perú, Venezuela y Ecuador, existe un nuevo protagonismo urbano visible incluso en las grandes ciudades, que hasta ahora habían sido los espacios más favorables al modelo neoliberal. Los desafíos iniciales partieron desde las áreas rurales y pequeñas ciudades, hacia comienzos de los noventa, en las que no había sido desarticulado el tejido social que hacía posible la resistencia. Sin embargo, en los últimos años se han producido levantamientos urbanos que nos indican que las luchas más importantes parten ahora de sujetos más heterogéneos que la anterior clase obrera, luego de haber atravesado un proceso de reconfiguración interna.

Que este conjunto de desafíos haya surgido desde los “márgenes”¹ (o desde el “sótano”, como acertadamente apuntó el subcomandante Marcos) tiene profundas implicancias para el proceso de cambios sociales y políticos, pero estimula también la reflexión en los movimientos y entre quienes los acompañamos. Por un lado, los movimientos actuales han creado nuevos espacios de organización y resistencia. Brevemente: caracoles, territorios étnicos, cuarteles aymaras, que se erigen como regiones autónomas de hecho, explícitas o no². Pero estos espacios no se reducen ya a las áreas rurales, sino que los pobres están produciendo profundas transformaciones urbanas, entre las que sobresale la ciudad aymara de El Alto, y cobran mayor visibilidad los desafíos lanzados desde los asentamientos urbanos creados por los nuevos pobres en ciudades como Buenos Aires, Montevideo y Asunción, por mencionar sólo los procesos que se registran en el sur del continente, que es el universo que contempla este trabajo.

¿Cómo se han configurado estos actores? ¿Cómo han pasado de una situación de aparente pasividad a la situación actual en la que son capaces de producir su propia vida y desafiar a los poderosos? ¿Estamos ante una tercera oleada de movimientos, que agregaría a los viejos y los nuevos una nueva categoría de movimientos nacidos del subsuelo pobre y marginalizado?

Por otro lado, los nuevos sujetos no sólo desafían al Estado y a las clases dominantes, sino que también ponen en cuestión los saberes y las prácticas de las izquierdas y de los viejos movimientos, y las teorizaciones que surgieron a raíz de la emergencia de los “nuevos movimientos sociales”, más allá de que compartan características y rasgos comunes. Plantean grandes interrogantes sobre el futuro de las luchas sociales. Los estados benefactores y el desarrollo industrial por sustitución de importaciones permitieron la creación de un amplio y bien organizado movimiento sindical y de partidos de izquierda con activa presencia en ese movimiento. Sus estructuras organizativas estuvieron inspiradas en la lógica unitaria y centralizadora de los estados que era, a su vez, referente, objeto y objetivo de su acción. La adopción de formas de lucha adecuadas a los fines de presionar para negociar en mejores condiciones (la huelga y la manifestación, en primer lugar) les resultaba útil para conseguir sus demandas; les permitía unificar a los trabajadores

1 Utilizo las palabras “márgenes” y “marginalidad” en un sentido meramente descriptivo. El vocablo “exclusión” se refiere a personas o sectores sociales que no están incluidos en los derechos sociales, en ocasiones políticos, creados en el marco de los estados nacionales durante el período de vigencia de los estados de bienestar.

2 Sobre los “territorios étnicos” en Ecuador puede consultarse a Galo Ramón Valarezo (1993) y sobre los cuarteles aymaras, a Félix Patzi (2003).

a través de la solidaridad de clase, y alentó el nacimiento de un patrón de acción de carácter instrumental que obtuvo buenos resultados.

En este nuevo período, ¿cuáles son las formas de organización y de acción que adoptan los nuevos actores? ¿Cómo se relacionarán con el Estado y con los partidos de izquierda? ¿Darán prioridad, como lo hizo el movimiento obrero, a luchar por instalar gobiernos afines a sus intereses? ¿Se institucionalizarán? En suma: ¿cómo es, o será, la política de los que están en los márgenes del sistema, de los “no-taylorizados”? Y algo aún más perturbador: ¿qué es la política en sociedades fragmentadas, con estados nacionales en decadencia y para sujetos que están en el subsuelo?

No pretendo responder a preguntas que sólo el tiempo y la profundización del protagonismo social podrán contestar. Sólo aspiro a demostrar la pertinencia de esas preguntas; es decir, que las nuevas formas de lucha y organización no necesariamente serán “calco y copia” de las que practicaron el movimiento sindical y la izquierda sesentista. Hasta ahora, concedimos la posibilidad de la diferencia a las comunidades zapatistas de Chiapas³ y, en menor medida, a los demás movimientos de raíz india de nuestro continente. Pero no así a los nuevos actores, en particular a los urbanos, que son el resultado de la actual fase excluyente del capitalismo.

Debajo de todo esto, tal vez no haya nada demasiado nuevo. Sucede, sin embargo, que la crisis de los estados y de los poderes dominantes y el fortalecimiento de los movimientos sociales, en suma, “la combinación del resquebrajamiento del sistema y las insurgencias subalternas, traen a la luz fuerzas acumuladas en ese subsuelo” que hasta hace poco tiempo nos resultaban invisibles (Hylton y Thomson, 2003: 17).

LA CREACIÓN DE ESPACIOS

Estamos transitando hacia nuevas relaciones entre sujetos y territorios. En el período de hegemonía del movimiento obrero, el concepto de territorio aparecía desdibujado ante la centralidad de las relaciones de producción. La clase parecía disolverse fuera de la fábrica, por más que el poder de la clase obrera fuera incomprensible sin tener en cuenta los bastiones en que ancló su potencia, en las periferias de las grandes ciudades convertidas en comunidades obreras o espacios de contrahegemonía, estrechamente vinculadas al taller y al municipio (Lojkine, 1988). En paralelo, el discurso de la igualdad –tejido con las hebras de la ciudadanía que el Estado benefactor canjeaba a cambio de reconocerle legitimidad– opacó una realidad en la que se mantenían (y disimulaban) las diferencias, que hoy emergen con toda su capacidad de desestructuración.

³ El texto “Un mundo nuevo”, del subcomandante insurgente Marcos (2003), puede constituir una buena síntesis de las respuestas zapatistas a estas y otras preguntas.

En poco tiempo se registraron profundos cambios de las territorialidades en las que se instituyeron los estados nacionales, las industrias locales y las clases que las sostuvieron. La desterritorialización (huida del capital, desindustrialización, crisis de los sujetos y de la forma de ocupar sus territorios) provocó emigraciones masivas dentro de las fronteras nacionales y, muy en particular, dentro de las diferentes tramas urbanas, ya sea entre ciudades o bien dentro de las mismas ciudades afectadas por la re-territorialización.

En todo caso, y este es uno de los cambios más notables sucedidos en América Latina, la potencia que emerge en los nuevos bastiones insurgentes no aparece vinculada a la fábrica (inexistente, virtual o parte del mecanismo de exclusión) ni está mediatizada por el municipio, que ahora aparece en franca relación de dependencia respecto de los nuevos sujetos a los que no aspira a integrar ni puede ya representar; en el mejor de los casos, busca neutralizar por la vía del clientelismo.

Las nuevas relaciones entre territorios y sujetos parten de la desterritorialización anterior, que representa una herida en la trama urbana. La huida del capital respecto de la clase obrera es, simultáneamente, una huida de los espacios en los que el poder obrero territorializado lo aprisionaba. Pero cuando huye, “lo hace dejando atrás un rastro de devastación”, porque “el capital, por naturaleza, crea unos ambientes físicos a su imagen y semejanza únicamente para destruirlos más adelante, cuando busque expansiones geográficas y des-ubicaciones temporales, en un intento de solucionar las crisis de sobreacumulación que lo afectan cíclicamente” (Harvey, 2004). Esa devastación se resume, en América Latina, en desocupación y pobreza extrema, en la expulsión lisa y llana de millones de trabajadores de la ciudad consolidada hacia los arrabales inhóspitos, fétidos e inundables. En el Cono Sur tenemos tres ejemplos relativamente recientes: la expulsión *manu militari* de 200 mil pobres de la ciudad de Buenos Aires hacia la periferia, en 1977, por la dictadura militar; la expulsión de 24 mil mineros y sus familias, en 1985, en Bolivia, una parte de los cuales recaló en la ciudad de El Alto y otra, luego de un extenso periplo, en el Chapare para trabajar como cultivadores de hoja de coca; y la expulsión a lo largo de dos décadas del 17% de la población de Montevideo, desde sus antiguos barrios obreros y de clases medias hacia la periferia, donde 280 mil desocupados y subocupados viven ahora en asentamientos irregulares.

De la ciudad integrada a la ciudad segregada. Sin embargo, el hábitat es el espacio donde se forja una cultura y su territorialidad, “donde se constituyen los sujetos sociales que diseñan el espacio geográfico apropiándose, habitándolo con sus significaciones y prácticas, con sus sentidos y sensibilidades, con sus gustos y goces” (Leff, 1998: 241). Esta fractura espacial nos habla de una fractura cultural apoyada en

diferencias preexistentes, cuestión que tiene especial importancia en países que creíamos relativamente homogéneos como Argentina, Chile y Uruguay. Ahora descubrimos que esa supuesta homogeneidad social encubría, bajo el manto de una cultura obrera que abarcaba al conjunto de los sectores populares, un “algo más” que se nos revela también en fragmentos. Y es que los conceptos que aprendimos acerca de la “cultura obrera”, legados por la “historia social” europea y estadounidense, tal vez no podían dar cuenta de las particularidades y diferencias de las clases obreras de esta porción del Sur⁴.

Ahora bien, ¿qué sucede con los sujetos que se forjan en los territorios segregados? Reflexionando sobre la trayectoria de los *seringueiros*, Porto-Gonçalves apunta con perspicacia que “nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades” (2001: 208), una consideración adecuada a condición de que reconozcamos que estamos hablando no sólo de otros territorios sino también de otros sujetos. No de los mismos sujetos reconfigurados, modificados por los nuevos espacios y estrategias de sobrevivencia.

Los no ciudadanos, es decir aquella parte de la sociedad des-ciudadanizada, los que perdieron sus espacios y sus lugares en la sociedad neoliberal, están abriendo sus propios espacios en un proceso de luchas en el que se despliegan como sujetos. Se trata de espacios creados, diseñados y controlados por esos mismos sectores. Comprenderlo así supone invertir la mirada: dejar de lado la mirada negativa y estadocéntrica –definiéndolos por lo que no tienen (carenciados, excluidos, marginados)– para adoptar otra que tenga como punto de partida las diferencias que *ellos han creado* para, desde allí, visualizar otros caminos posibles. De esta forma, los pobres de la ciudad se incorporan a la experiencia que ya venían haciendo los pobres del campo –tanto los indios como los campesinos sin tierra– que en un prologando proceso de luchas han creado o ampliado sus espacios arrebatando millones de hectáreas al latifundio y los hacendados, o bien consolidando los espacios que ya tenían (como en el caso de las comunidades indias) al recuperar el control de sus propias comunidades.

4 Lo cierto es que la homogeneidad cultural nunca existió, como han señalado quienes trabajaron desde la perspectiva de la historia social, con E.P. Thompson a la cabeza. Pero ahora estamos ante un problema mayor. Los cambios que se verificaron en nuestras sociedades son de tal envergadura, que para comprenderlos no resulta suficiente el legado de la historia social (historia de la clase obrera, básicamente); todo indica que deberíamos inspirarnos –incluso en los países y regiones en los que no quedan casi vestigios de los pueblos originarios– en los llamados “estudios subalternos”, ya que la complejidad de una sociedad fragmentada por la “neocolonialización” requiere otros instrumentos analíticos más adecuados que los que venimos utilizando, por lo menos en el Río de la Plata.

Los asentados crearon formas organizativas nuevas estrechamente vinculadas al territorio: la unidad básica en lo cotidiano es la manzana, que elige un responsable o “manzanero”, que se reúne con otros en un cuerpo de delegados que elige una comisión directiva. Las asambleas de todos los vecinos del asentamiento se convocan para decidir los asuntos más importantes. Este tipo de organización implica “la existencia de todo un movimiento comunitario donde la vida del hogar parecía prolongarse hacia la comunidad” (Merklen, 2002). En efecto, una de las características al parecer destacadas de la organización territorial es su carácter comunitario, cuestión que no sólo indica que los nuevos movimientos urbanos están en sintonía con los indígenas y sin tierra, sino que supone lógicas de acción muy distintas a las de las asociaciones obreras de carácter instrumental.

Los desafíos al sistema son impensables sin la existencia de espacios fuera del control de los poderosos. Según James Scott, la primera condición para que los grupos subordinados puedan enarbolar su discurso oculto es “que se enuncie en un espacio social apartado donde no alcancen a llegar el control, ni la vigilancia, ni la represión de los dominadores” (2000: 149). Los espacios autocontrolados por los dominados son siempre espacios “lejos de”, lo que garantiza cierta autonomía; nacen y crecen en “los eslabones débiles de una cadena de socialización” (Scott, 2000: 152).

Hasta hace pocos años, el único sector social que contaba con espacios autocontrolados eran las comunidades indias. Sobre todo, luego de que la cultura consumista hiciera desaparecer o desfigurara el papel de los clásicos espacios obreros, como la taberna, y que las nuevas formas de organización del trabajo neutralizaran los espacios de comunicación entre los trabajadores. Sin embargo, los sacudones provocados por el neoliberalismo, en particular las migraciones internas aceleradas de las dos últimas décadas, aumentaron las brechas y las grietas por donde los más pobres han venido creando nuevas formas de sociabilidad y resistencia.

Si observamos de cerca los desafíos más importantes lanzados por los sectores populares, veremos que todos ellos partieron de los “nuevos” territorios, más autónomos y más autocontrolados que los que existieron en los períodos anteriores del capitalismo: El Alto, en Bolivia; los barrios y asentamientos de desocupados, en Argentina; los campamentos y asentamientos sin tierra en Brasil; los barrios populares en Caracas; y las regiones indígenas en Chiapas, Bolivia y Ecuador. Más adelante veremos que la crisis de las viejas territorialidades supone, en paralelo, una crisis no menos profunda de los sistemas de representación.

AFIRMAR(SE EN) LAS DIFERENCIAS

Sabemos que sin diferencias no existen ni sujetos ni movimientos sociales. Pero la diferencia es, también, una de las claves del cambio social, según lo vienen mostrando los movimientos que están emergiendo en las dos últimas décadas. En este período del capitalismo, el sentido de las luchas de clases parece haberse invertido. En el período del Estado benefactor, las luchas tenían un efecto integrador porque, más allá de las demandas concretas que enarbolara cada sector social, el modelo de desarrollo era capaz de ofrecerle un lugar a los sectores populares. En ese período, la lucha era impensable sin elevar demandas al Estado. Los sindicatos, con sus estructuras estadocéntricas, sus reglas y formas de la democracia representativa, reforzaban esa tendencia. En la lucha, los de abajo aprendían a ejercitarse como ciudadanos. Por el contrario, en este período excluyente del capitalismo, la lucha social de los excluidos tiende a reforzar las diferencias.

Las distancias entre el viejo movimiento obrero y sindical y los actores actuales son nítidas en dos aspectos: las relaciones con el territorio y las relaciones de re-producción. Las primeras suponen el paso de la heteronomía a una autonomía relativa, evidenciada en el momento insurreccional. Las segundas, íntimamente vinculadas a las anteriores, suponen el tránsito que están haciendo los sujetos desde la dependencia del capital al control de la producción y reproducción de sus condiciones de vida. Ambas suponen un giro copernicano en el movimiento social urbano y constituyen, a mi modo de ver, la principal diferencia entre los movimientos latinoamericanos y los del primer mundo (Zibechi, 2003b).

Del arraigo y el control territoriales pueden deducirse un conjunto de características que atraviesan a los nuevos movimientos. Una de las más destacadas es que “el espacio es el lugar por excelencia para la diferencia” (Porto-Gonçalves, 2001: 45). Manejos diferentes de los espacios producen situaciones diferentes. Frente a la anterior ciudad controlada por el capital –incluyendo el diseño y la construcción de los barrios obreros por el Estado o por la iniciativa privada; espacios de vida, sociabilidad y ocio regidos por el tiempo fabril y la lógica de la acumulación–, se erige ahora una nueva ciudad fruto del deslizamiento-movimiento-fuga de una porción nada desdeñable de la población obrera hacia espacios fuera del control del capital; o por lo menos donde el capital tiene una presencia limitada y distante.

El asentamiento, aunque formalmente tiende a reproducir la trama urbana de la ciudad consolidada, se cimenta en rasgos propios, siendo quizá el más destacado la autoconstrucción del hábitat, desde la vivienda hasta los espacios públicos y las calles. Aparecen aquí un abanico de realidades, atravesadas por las diferencias: en cuanto a los espacios en el interior de la vivienda (donde sobresale un gran espacio central

de integración familiar), respecto a la clásica vivienda obrera (inspirada en la funcionalidad de pequeños ambientes compartimentados, calcados de la vivienda de las clases medias), hasta las peculiaridades urbanísticas y arquitectónicas que, en ciudades como El Alto, se traducen en el nacimiento de un estilo inspirado en el barroco mestizo al que algunos arquitectos denominan como “barroco posmoderno” (Limpías Ortiz, 2002). El propio diseño de los nuevos asentamientos, donde predomina la vivienda de una sola planta, responde a una lógica distinta a la de la gran ciudad: “Mientras unos se arrinconan y superponen incómodamente, los otros se expanden libre y generosamente. Esta diferencia por sí sola marca distintos caminos en el urbanismo y la arquitectura, además de las diferencias culturales” (Limpías Ortiz, 2002).

En suma, concentración versus dispersión. El manejo de un espacio “disperso” brinda a los nuevos sujetos otras posibilidades: una de las más importantes consiste en la deconstrucción del control panóptico que supone, necesariamente, cierto grado de concentración de la población⁵. Si la ciudad construida a imagen y semejanza del capital-lógica de la concentración- anulaba la autonomía de los sujetos, la ciudad dispersa se abre a la diferencia; pero la diferencia está asentada en los lazos, que son de carácter comunitario. Parece, en estos casos, más adecuado a la realidad de estas formas de asentamiento hablar de “lazos comunitarios” que de “comunidad”, para no eludir las diferencias con las comunidades tradicionales. En todo caso, la intersección entre diferencia y lazos comunitarios es posible en el territorio, convertido -muy en particular durante los momentos de la rebelión- en unidad política exclusiva y excluyente (Clastres, 2004: 43-45).

En este sentido, la actitud del Estado argentino y uruguayo en los momentos de crisis fue la de prevenir el carácter excluyente de la territorialidad de la diferencia, como pudo suceder exitosamente en El Alto. Los asentamientos y barrios pobres del cinturón de Buenos Aires fueron presa, en el contexto del 19 y 20 de diciembre, de un operativo policial destinado a enfrentar unos barrios con otros, difundiendo rumores, actuando por medio de líderes vecinales o directamente de la policía. Idéntica situación se verificó en Montevideo el 31 de julio y 1 de agosto de 2002, en el pico de la crisis financiera y social. Sin embargo, encuentro enormes similitudes entre las insurrecciones argentina (2001) y boliviana (2003), que derivan de las dos consideraciones con que inicio este apartado.

5 Durante la insurrección boliviana de octubre de 2003, los rebeldes derribaron pasarelas peatonales desde las que los militares vigilaban y disparaban sobre la población. Del mismo modo, el control sobre los asentamientos -espacios planos dispuestos sobre grandes superficies- supone para el aparato represivo ingresar al barrio, ya que no existen “alturas” desde las cuales poder vigilar.

Por ahora me interesa destacar que los sujetos actúan potenciando las diferencias, profundizándolas; afirmando las diferencias y a la vez apoyándose en ellas. Si la lógica del movimiento obrero era negar la diferencia –hacia “afuera”, convirtiendo al obrero en ciudadano, y hacia “adentro”, reproduciendo en la organización la lógica centralista y unitaria del Estado-capital–, los nuevos sujetos rehúyen ambas actitudes. El camino recorrido ha sido, también, diferente: la resistencia obrera en el seno del taller neutralizó el taylorismo y lo desbordó como dispositivo de control y de producción; la consiguiente huida del capital –es decir, la victoria de la insubordinación obrera– supuso la fuga (iniciada con la resistencia y el desborde) obrera de las relaciones de producción y subordinación establecidas con el capital. En paralelo, se produce un desborde de todas las instancias de control y disciplinamiento, desde la familia hasta la escuela. La destrucción de los espacios creados por el capital, condición de su huida (Harvey, 2004), dejó el terreno libre para nuevas formas de apropiación del espacio por parte de los insubordinados, lo que supuso el tránsito de la lucha por la tierra (como valor de cambio y medio de producción) a la lucha por afirmar una territorialidad (territorio como valor de uso, espacio donde se practica un modo de vida asentado en una cultura). Pero esa re-territorialización no se produce ahora sobre las mismas bases, sino que nace de forma inversa: procede del interior de sujetos en formación, portadores de una “otra” cultura-modo de vida que se va fraguando en el proceso de resistencia-insubordinación.

Los grupos que emergen como movimientos lo hacen construyendo nuevas identidades políticas y culturales. En ese sentido, el término “movimiento social” debe entenderse como rechazo del lugar asignado o impuesto y como cambio de lugar social, como deslizamiento en sentido estricto, lo que hace que en ese punto “la geografía y la sociología se confundan” (Porto-Gonçalves, 2001: 198). Pero si una clase es, como señala E.P. Thompson, un conjunto de relaciones históricas, esos “cambios de lugar” llevan implícitos cambios en las relaciones. Veamos: las diferentes relaciones con el territorio contribuyen a generar, en cada caso concreto, sujetos diferentes. Pero estos sujetos crecen diferenciándose y haciendo de esa diferencia peldaños de afirmación que redundan en más crecimiento diferenciado, no lineal sino –tendencialmente– circular. La lucha es entonces distinta a la lucha obrero-sindical, y lo es en su sentido más profundo: la lucha es para y por la defensa y potenciación de la diferencia.

La producción de vida en los territorios marca una segunda ruptura radical respecto del pasado industrial. Los sectores populares han puesto en pie, por primera vez en el espacio urbano, un conjunto de formas de producción autocontroladas, aunque articuladas y dependientes del mercado. Sin embargo, este aspecto no puede hacer perder de vista el hecho fundamental de que vastos sectores controlan ellos mismos sus

formas y tiempos de producción, no dominados ahora por el tiempo del capital y su división del trabajo.

En una primera etapa, los nuevos pobres concentraron sus estrategias de supervivencia en los servicios, reciclando materiales de desecho de la sociedad de consumo o aprovechando las grietas para instalarse en áreas como el comercio a través de microempresas o iniciativas familiares. Con el tiempo, llegaron también a la producción manufacturera. La ciudad de El Alto debe ser una de las más cuidadosamente analizadas por el Estado y las organizaciones no gubernamentales. El 70% de la población ocupada trabaja en el sector familiar (50%) o semiempresarial (20%)⁶. Ese tipo de emprendimientos son mayoritarios en el comercio y restaurantes (95% de los ocupados), seguidos por la construcción (80%) y la manufactura (75%). En esos sectores predominan los jóvenes: más de la mitad de los empleados en la manufactura tienen entre 20 y 35 años, y la presencia femenina es abrumadora en el comercio y los restaurantes de las categorías familiar y semiempresarial (Rojas y Guaygua, 2003).

En El Alto, el protagonista principal de los mercados laborales es “la familia, tanto como unidad económica generadora de empleo o como contribuyente de mayor número de trabajadores en calidad de asalariados” (Rojas y Guaygua, 2003: 75). En esos espacios surge una “nueva cultura laboral y social”, signada por el nomadismo, la inestabilidad y relaciones de trabajo diferentes.

Una investigación cualitativa en las unidades familiares, en las que trabaja la mitad de la población activa de El Alto, concluye que no existe separación entre la propiedad y la gestión de la unidad económica y del proceso productivo, y que en el sector semiempresarial esa separación se registra sólo en el aspecto de la propiedad. La división del trabajo en el taller, aun en los casos en que la mercancía atraviesa diversos procesos, es mínima; salvo excepciones, todos los que trabajan pueden rotar sin que el proceso productivo se resienta. En las unidades familiares predomina el trabajo familiar no remunerado; en buena parte de los casos estudiados, unos se enseñan a otros cómo hacer el trabajo, y la administración del tiempo empleado en la realización del producto es de exclusiva responsabilidad de quien trabaja, siempre que cumpla a tiempo con los pedidos (Poveda, 2003: 22-23). En muchos casos, el estudio señala que algunas microempresas articulan un amplio conjunto de unidades familiares, pero cuando el “propietario” les paga el trabajo, suele entregar a las familias “ayudas” o “préstamos en tiempos de necesidad” (Poveda, 2003: 17).

⁶ Las unidades semiempresariales tienen menos de cuatro trabajadores: uno o dos que son familiares, el propietario que en general también trabaja, y otros dos que son empleados.

En estos talleres, Álvaro García Linera observa “una mayor autonomía de gestión laboral”, ya que se trata de “una actividad productiva que no queda bajo la directa vigilancia de la patronal” (1999: 118). Agrega que estas formas de producción son no-capitalistas (aunque el mercado y el capital las “refuncionalizan”), e insiste en que no son transitorias sino “la forma histórica y a mediano plazo de la reproducción ampliada del capital en Bolivia” (1999: 201). Deseo destacar que la mayoría abrumadora de los trabajadores de El Alto, y del conjunto del país, no están sujetos a la división taylorista del trabajo; dominan los tiempos de producción y practican una organización del trabajo casi indivisa, con capacidad de rotación entre los distintos puestos. Este trabajador joven, con elevada proporción de mujeres, muy pobre pero instruido (sólo hay un 8% de analfabetismo en El Alto, y el 52% ha hecho como mínimo algún año del secundario), con gran autonomía en sus trabajos, con una fuerte presencia de lo familiar, es el que protagonizó la insurrección de septiembre-octubre de 2003.

Mi pregunta es si existe alguna relación entre este tipo de desempeño laboral-familiar autónomo y el hecho de que esos mismos sectores hayan sido capaces de protagonizar una insurrección sin dirección ni dirigentes. La pertinencia de la pregunta radica en que durante el período en que los obreros cedieron la organización del trabajo a la patronal y la gestión de la sociedad al Estado, para luchar necesitaban apoyarse en estructuras jerarquizadas y centralizadas, y dependían de sus dirigentes –sindicales y políticos– que los representaban y tomaban las decisiones.

La autonomía de este tipo de poblador respecto del capital corre pareja con su autonomía respecto del Estado. En efecto, los problemas más importantes de su vida cotidiana, desde la construcción y mantenimiento del hábitat (vivienda, agua, alcantarillado y calles) hasta aspectos esenciales de la educación y la salud, han sido tomados en mano propia a través de una impresionante red de organizaciones de base. Sólo en El Alto existen, según las diferentes fuentes, entre 400 y 550 juntas vecinales, a razón de una cada mil habitantes mayores de diez años.

El camino de los excluidos bolivianos no es muy diferente del de otros países del continente (Zibechi, 2003a). Incluso en un país como Argentina, que tuvo una importante industrialización para los parámetros de la región, la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) sostiene que los cambios en el trabajo han llevado a que los incrementos salariales sólo alcancen al 19% de la población activa, lo que representa apenas al 8% de la población del país. Por esa razón, la CTA asegura que la acción sindical no puede estar centrada en el salario. El 60% de la población activa son desocupados, trabajadores por cuenta propia y asalariados informales no registrados (Nochteff y Güell, 2003).

Véase cómo en el aspecto productivo opera la misma lógica de la dispersión que hemos detectado en la construcción territorial del hábitat. Dispersión, que no descentralización –lógica estatista esta última que opera desde arriba y es exterior a los sujetos. La de la dispersión es una lógica interior en la que los sectores involucrados despliegan su modo de vida estableciendo una relación diferente con el territorio. Esa lógica interior estaría indicando que, para sobrevivir, los sujetos optan por desplegarse en el territorio en función de una lógica que surge de lo familiar-comunitario.

Quedan pendientes un conjunto de preguntas sobre la forma en que se desempeñan los emprendimientos sociales, culturales y económicos entre los sujetos que viven en los “márgenes” del sistema. Considero que la más importante está relacionada con el papel de lo familiar, estructurado en torno a una nueva familia extendida. Parece evidente que la lógica familiar, o doméstica, se expande hacia la sociedad y empapa las relaciones que establecen los sujetos para producir y reproducir sus vidas; pero también tiende a moldear las formas que los colectivos adoptan para defenderse de las agresiones y para combatir a sus adversarios. ¿Estamos ante una suerte de nuevo modo de producción doméstico? ¿O ante nuevas territorialidades en formación que se apoyan en un “espacio doméstico y de producción” (Porto-Gonçalves, 2001: 203) que induce otras formas de desplegarse los sujetos en el espacio?

Si, como pienso, la realidad va por el segundo carril, estamos ante la creación de nuevas situaciones signadas por la profundización de las diferencias. El desocupado de los sectores populares que vive en asentamientos afirma su diferencia convirtiéndose en piquetero y más tarde en productor autónomo. El camino es muy similar entre otros grupos de la región, que combinan la fuga de las relaciones capitalistas con la simultánea creación de relaciones *en* la dispersión, como forma de afirmar la diferencia.

LA POLÍTICA DESDE LOS MÁRGENES

Hemos visto que durante el período del desarrollo industrial, de la soberanía nacional y de los estados benefactores, el centro del escenario lo ocuparon los sindicatos. El movimiento social en ese período estuvo caracterizado por la demanda de derechos de los trabajadores en tanto ciudadanos, y la focalización de esa demanda hacia el Estado por un movimiento dispuesto como un aparato unitario y centralizado. Las formas de lucha privilegiadas eran la huelga, la manifestación y, en situaciones excepcionales, el levantamiento de perfiles insurreccionales frente a un Estado que asumía contornos dictatoriales. El sindicato fue la expresión de la unidad de los trabajadores frente al capital, en tanto la identidad de clase fue capaz de superponerse a otras identidades,

del mismo modo que la identidad nacional subsumió identidades que existían dentro de los límites del Estado nación. En suma, sociedades de ciudadanos culturalmente homogéneos (en el discurso oficial, por lo menos) atravesados por una irreconciliable división en clases que se escenificaba y dirimía en el campo de la política.

En aquella sociedad, a la que se suponía integrada y de pleno empleo, los ciudadanos transitaban a lo largo de sus vidas por espacios de control y disciplinamiento: de la familia patriarcal a la escuela, del servicio militar a la fábrica taylorista-fordista. Ciertamente, no todos los habitantes eran ciudadanos, pero sí lo eran formalmente la inmensa mayoría, en tanto los bolsones de “marginación” tenían la expectativa fundada de poder recorrer por lo menos los tramos iniciales del trayecto de ciudadanización. Las dos últimas décadas, como sabemos, invirtieron esta tendencia, generando la exclusión de alrededor de la mitad de la población, por lo menos en el Cono Sur del continente. No sólo eso, sino que las expectativas de integración e igualdad dejaron de ser ofertas tentadoras, toda vez que los peajes socioculturales que deben pagar para alcanzar el estatus de ciudadanos han demostrado ser demasiado gravosos para los diferentes: suponen renegar de su cultura diferenciada, que es justamente el factor que les está permitiendo sobrevivir en la adversidad.

La irrupción de los que están en el subsuelo, ¿transitará a través de los mismos carriles por los que transcurrieron las rebeliones y las luchas obreras? ¿Cómo podemos deducir o descifrar las formas de hacer política de los excluidos? El momento privilegiado, el que ilumina aún fugazmente las zonas de penumbra (es decir, los márgenes mirados desde el Estado), es la insurrección, el momento de ruptura en el que los sujetos despliegan sus estrategias. Reflexionando sobre la insurrección boliviana, Silvia Rivera Cusicanqui señala la contradicción entre el espacio-tiempo del capital (público y visible, patriarcal y colonial) y el espacio-tiempo de los sujetos en rebeldía (invisible, inmanente).

Si durante el levantamiento eran mayormente mujeres y jóvenes de la ciudad más indígena de Bolivia quienes daban sustento a la ética del levantamiento y le otorgaban un sentido de dignidad y soberanía colectivas, a la hora de discutir soluciones vuelven a escucharse tan sólo voces masculinas, occidentales e ilustradas [...] Entre tanto, esa sociedad y esa democracia de las y los de abajo, la que convocó minuciosamente a organizar la rabia y a romper el silencio, se sumerge de nuevo en el *manqhapacha* (espacio-tiempo interior), retorna a los lenguajes del símbolo y a los idiomas ancestrales (Rivera Cusicanqui, 2004).

En la cotidianeidad de sociedades escindidas, dominan la escena los tiempos públicos; sólo son audibles las voces de las elites económicas, políticas y sindicales. Por ese motivo la insurrección argentina fue tan “sorpresiva” como “espontánea” para esas mismas elites, que no pueden escuchar los sonidos subterráneos, pese a que durante más de una década retumbaron las voces del subsuelo anticipando lo que se avecinaba.

Entiendo que no se trata de definir cómo debe ser la acción política de los excluidos (tarea para dirigentes partidarios o académicos), sino de deducirla de lo que efectivamente están haciendo los grupos sociales que componen por lo menos la mitad de las poblaciones del Cono Sur, y alientan los más activos movimientos. Ciertamente, una parte de los que se movilizan reproducen en sus organizaciones y formas de acción aspectos esenciales del sistema capitalista. Sin embargo, si enfocamos nuestra atención a los momentos más críticos –las rebeliones argentina y boliviana o las iniciativas de una parte de los excluidos uruguayos durante la crisis de julio-agosto de 2002, es decir, el “movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”, según la conocida expresión de Marx–, podremos observar que, efectivamente, en los márgenes se hace política.

Encuentro cuatro características de la acción política desde los márgenes, que se han expresado con diferente intensidad. No creo que existan jerarquías entre los rasgos que señalaré, pero sí encuentro que todos aparecen interconectados de forma no-lineal, sin llegar a constituir relaciones de causa-efecto. Y, ciertamente, todo este movimiento de los excluidos sucede en los espacios y territorios donde re-producen sus vidas.

La primera característica es la *politización de sus diferencias* sociales y culturales, es decir, de sus modos de vida. Esta es la forma de poder conducir un proceso que hasta cierto momento no era consciente. Es lo que sucedió en Bolivia a partir del proceso que desencadenó el Manifiesto de Tiahuanaco (1973), donde “la diferenciación étnica claramente toma un camino político”, politización a la que se define como “etnicidad” (Regalsky, 2003: 115); vale decir, un proceso fluido de resistencia en el que se verifica la territorialización y, a la vez, la estructuración del espacio político por parte de las comunidades rurales y de los aymaras y quechuas emigrados a las ciudades.

En Argentina, los piqueteros politizan sus diferencias sociales cuando, antes que volver a trabajar para un patrón por un salario miserable, optan por convertirse en colectivos de productores autónomos sin división del trabajo (Zibechi, 2003a); cuando deciden cuidar la salud procurando romper la dependencia de los medicamentos y de la medicina alopática; o cuando encaran la educación con criterios propios no estatales (*Página/12*, 2004). Incluso en Uruguay, donde los excluidos re-

corren un camino tortuoso para despegarse del potente estatismo –del que la izquierda es el máximo exponente–, han sido capaces de crear cientos de huertas comunitarias, con cultivos orgánicos y coordinadas sin coordinadora (Contreras, 2003).

Politizar la diferencia es tanto como dejar de ser diferentes de forma inconsciente y mecánica. La autoconciencia colectiva es lo que permite orientar procesos y adquirir una visión del papel de ese colectivo en el mundo. Es lo que hizo Marx respecto de la clase obrera. En este camino de autoconciencia (comprender y nombrar lo que se es y se está haciendo), la educación popular está jugando un papel relevante, ya que sin autoformación no parece posible superar la dependencia. Pero hay algo más. Supone comprender también que “nada es irracional desde el punto de vista del actor” (Wallerstein, 1999: 29). Lo que nos lleva directamente a poner en cuestión que exista alguna racionalidad universal que pueda estar por encima de los sujetos concretos y marcarles algún camino, aun el del socialismo. De ahí, enfatiza Wallerstein, la necesidad de comprender que “todo el mundo es formalmente racional”, lo que supone ser capaces de combinar la subjetividad irreductible de las conductas humanas con elecciones lúcidas e inteligentes. Esta afirmación tiene enorme trascendencia si, como creemos, los excluidos están construyendo un mundo nuevo (para ellos), ni mejor ni peor sino, sobre todo, diferente. Pensar que los excluidos “no pueden” es pensar que sigue existiendo *una* racionalidad formal: la de los partidos y la academia, o sea, la del Estado.

La segunda característica de la acción política de los excluidos se relaciona con la *crisis de representación* o la presencia activa de los representados. No pretendo abordar un debate que ya tiene una extensa bibliografía, sino señalar qué es lo que está sucediendo al respecto en algunos movimientos. Por un lado, se puede verificar que “la deconstrucción de las territorialidades heredadas se procesa a través de una profunda crisis de los sistemas de representación” (Porto-Gonçalves, 2001: 51). En efecto, la huida del capital provoca una crisis territorial que se convierte en crisis de la representación, ya que esta aparece vinculada al territorio.

Veamos. El obrero no controla el espacio en el que produce, sino que es controlado a través de la organización del trabajo, de forma microscópica. La desindustrialización –huida del capital– supone la destrucción de los espacios en los que el obrero era controlado. Algo similar puede decirse de las crisis urbanas que acompañan la emigración del capital (Harvey, 2004). La trama urbana, como panóptico, es desestructurada por esa huida. En su lugar, hemos visto, los sectores populares crean nuevas formas de organizarse para producir y de apropiarse del espacio. Por un lado, la huida del capital está relacionada con

la emergencia de actores de los cuales huye: la insubordinación obrera. Por otro, los nuevos actores “se insinúan instituyendo nuevas territorialidades” (Porto-Gonçalves, 2001: 208), tanto en el espacio urbano como en el productivo. ¿Quiere decir que son portadores de nuevas formas de representación? Es posible. Pero la representación es una “estructura de dominación” (Weber, 1993: 235) que, tal como hoy la conocemos, fue creada por el capitalismo y está integrada a la forma-Estado, que atraviesa una crisis profunda.

Por el contrario, algunos movimientos tienden a recuperar en la práctica la figura del delegado como alternativa a la del representante, que cada vez más sectores sociales rechazan (Williams, 2000: 282). Y es que el nuevo hábitat comporta otras formas de relacionarse y nuevas prácticas culturales. En los espacios que van creando-ocupando los sujetos en formación, se producen los encuentros y las relaciones que hacen surgir (o no) potencialidades. En suma, los nuevos territorios son espacios en los que se componen relaciones que con su potencia destituyen las viejas representaciones. Pero no quedan ahí las cosas. Aunque desaparecen las viejas mediaciones, aparecen otras. Así, los movimientos, como señala Porto-Gonçalves sobre los *seringueiros*, van formándose en tensiones y contradicciones –“con/contra”– que los enfrentan a los poderosos y los poderes, pero también “con/contra la Iglesia, los sindicatos, los partidos políticos y sus intelectuales” (Porto-Gonçalves, 2001: 215). Esa dinámica “con/contra” supone reconocer que en el “abajo” existe también un “arriba”, y que en esa dinámica “sus” nuevos mediadores –representantes o incluso delegados, es decir, los que hablan en el lugar de ellos– deberán seguir siendo presionados, quizá de maneras diferentes a las que utilizan para presionar al Estado. “En el caso de aquellos que en la naturaleza de sus actividades no se encuentra el hablar, el escribir, su fuerza está fuertemente asociada a su presencia física en el espacio” (Porto-Gonçalves, 2001: 214). Para que se los reconozca, necesitan ocupar el espacio, perturbar el orden para ganar visibilidad, “hacerse presentes” para destituir a quien los re-presente.

Como hemos visto, la crisis de representación está estrechamente vinculada al “nuevo protagonismo social” (Colectivo Situaciones, 2002: 145-162). En efecto, existe una contraposición entre representación y expresión, ya que “por debajo de las relaciones de representación –clásicas de la subjetividad política– trabaja una dimensión expresiva” (Colectivo Situaciones, 2002: 145). Mientras la lógica de la representación es la de la separación y la trascendencia, la de la expresión es la de la experiencia y la inmanencia. Así, las categorías de la representación son: consenso, articulación, opinión, redes explícitas, comunicación y acuerdo; y las de la expresión: encuentros, composiciones, desarticulación, resonancias y redes difusas (Colectivo Situaciones, 2002: 146). Por otro lado, la repre-

sentación “trabaja en términos de composición, de la constitución de un tiempo, de formas y de *un espacio autónomo para desplegar la existencia*. Por esta vía, la expresión nos permite explicar la producción del mundo como una ‘ética sin sujeto’, es decir, como el proceso productivo –no consciente, deslocalizado– de valores de una nueva sociabilidad, por parte *de una multitud de experiencias* que participan de la producción de sentidos vitales *sin ningún tipo de coordinación consciente y voluntaria*” (Colectivo Situaciones, 2002: 147; énfasis propio).

Esta es, digamos, una lectura no estatal sino al interior de la revuelta de los movimientos que desembocaron en la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001. Es la acción social la que socava –mediante una forma de protagonismo diferente– la representación. En el mismo sentido, Silvia Rivera Cusicanqui sitúa la insurrección boliviana en el ciclo anual que comienza en octubre, el *awti pacha* (“tiempo de hambre, tiempo de aguantar”):

Momento del ciclo anual cuando la gente se ajusta los cinturones y se *repliega* a una fase de no consumo, recurriendo a las reservas de chuño, granos, carne seca, que permiten aguantar una austera sobrevivencia hasta que llegue de nuevo la abundancia (Rivera Cusicanqui, 2004; énfasis propio).

En suma, tiempos circulares e interiores que son los que definen los tiempos del despliegue insurreccional⁷. Tiempo interior que cuestiona de raíz el tiempo único –y virtual– de la representación.

El tercer aspecto de esta crisis se relaciona con la oposición que Weber plantea entre representación y solidaridad: como relaciones sociales que son, la primera se registra cuando la acción (consulta o no) de un miembro se imputa a todos los demás; por el contrario, la solidaridad se vincula a que la acción (indistinta) de cualquier miembro resulta imputable a todos los demás (Weber, 1993: 37). Interesa resaltar cómo Weber atribuye la representación a una situación de no solidaridad, o sea, a la inexistencia de lazo social solidario. En consecuencia, la “situación de representación” se registra en las asociaciones o uniones destinadas a conseguir un fin. En tanto, la “situación de solidaridad” aparece vinculada a las comunidades, en el sentido amplio del concepto.

Parece evidente que la acción social, cuando asume la forma de lazo comunitario o solidario, destituye –sin una acción “consciente y voluntaria”– la relación de representación. Es, apenas, el resultado de la presencia-expresión de los representados que, en ese proceso, dejan

⁷ En Argentina, la insurrección estuvo vinculada a la proximidad de las fiestas navideñas, momento de expansión del gasto familiar, que los sectores populares debían afrontar sin recursos por la crisis financiera.

de serlo. Porque para que funcione la representación, y la lógica del Estado como “signo consumado de la división en la sociedad”, debe existir y ser la expresión de “un cuerpo social fragmentado, un ser social heterogéneo” (Clastres, 2004: 75). La representación opera sobre la ausencia de lazo social.

Por último, la presencia expresiva del lazo social produce la ruptura del panóptico-estatal y, con ello, desarticula cualquier síntesis-representación. En su lugar, en el espacio-tiempo de la representación, se despliega la multiplicidad. Dicho de otro modo, la emergencia de lo múltiple –multiplicidad de espacio-tiempos expresivos, no representables– desarticula la representación como síntesis estadocéntrica: revuelta contra la separación, autonomía, in-sumisión, “rechazo a la sumisión” (Clastres, 2004: 76).

La tercera característica de la acción política en el sótano consiste en su *no-estatalidad*, es decir, en que no sólo rechaza la forma-Estado sino que *adquiere una forma-no-estatal*. Al haber destruido el Estado de Bienestar, las elites no sólo debilitaron su capacidad para mantener la hegemonía, sino que también debilitaron la forma-Estado presente en el seno del movimiento social, entre los oprimidos y explotados, que facilitó la cooptación o la neutralización de las clases peligrosas. Si efectivamente la revuelta ilumina las relaciones al interior de los dominados, en América Latina se ha producido toda una saga de revueltas sin dirección, “sin memoria organizadora o autómatas central” (Deleuze y Guattari, 1994: 26). Las relaciones al interior del espacio de la sublevación tienden a basarse en otras formas; la argamasa que une e impulsa a los sublevados no está siendo la forma-Estado, vertical y piramidal, sino un conjunto de vínculos más horizontales, pero también más inestables, que los aparatos burocráticos.

La expresión más conocida de esta característica destituyente de la representación es el “que se vayan todos” que surgió a partir de las jornadas del 19 y 20 de diciembre en Argentina. Tanto en asambleas barriales como entre algunos grupos piqueteros y fábricas recuperadas, esta consigna general tiene expresiones concretas por ejemplo: “entre todos, todo”, que guarda enorme similitud con el zapatista “entre todos lo sabemos todo”. Ambas formas de hacer (porque esos lemas expresan el hacer cotidiano de los grupos que los formulan) apuntan a la no división del trabajo y del pensar-hacer, pero también a la inexistencia de dirigentes separados de los grupos y comunidades.

En paralelo, esta forma no estatal tiene mucho que ver con la insumisión generacional y de género. En El Alto, en octubre de 2003, la insurrección tuvo este perfil.

El papel de las mujeres fue absolutamente crucial. Al organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto

público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes chismográficas un juego de rumores “desestabilizadores” de la estrategia represiva, al reorganizar circuitos del trueque y ollas populares para los marchistas, lograron derrotar moralmente al ejército, dando no sólo el sustento físico, sino el tejido ético y cultural que permitió a tod@s mantenernos furibundamente activ@s, roto el muro doméstico y transformadas las calles en el espacio de la socialización colectiva (Rivera Cusicanqui, 2004).

Esta forma de acción ha sido definida, en particular entre los indígenas, como “conducir desde atrás”, un estilo que requiere la existencia de comunidades o grupos compactos, en los cuales se arraiga una forma diferente de hacer política que se expresa, entre otras formas, “en la designación de representantes ante ‘ellos’, en la manera de controlar a estos representantes y relacionarse con ellos, y en el modo de moverse en bloque que, desde atrás, va guiando y determinando los pasos de aquellos a quienes ese conjunto colocó adelante” (Gilly, 2003: 26).

Una vez más, surgen similitudes notables en espacios distantes: el “conducir desde atrás” parece hermano gemelo del zapatista “caminar al paso del más lento”. Pero sería un error atribuir estas formas de acción en exclusiva al “movimiento indígena” o a las particularidades de las cosmovisiones de los pueblos originarios. Formas semejantes están siendo practicadas en espacios sociales muy diferentes. El denominador común que habilita este tipo de experiencias colectivas parece estar relacionado con la re-construcción de vínculos de carácter comunitario (no necesariamente comunidades en sentido restringido), por parte de actores desplazados (jóvenes, mujeres, viejos y nuevos pobres).

La tendencia de algunos movimientos a no dotarse de formas institucionalizadas –es decir, el debilitamiento de la forma-Estado en el interior del mundo de los oprimidos– se manifiesta de forma muy desigual en países, regiones y, sobre todo, en las diferentes situaciones que viven. Así, en países donde el Estado-nación mantiene una presencia importante (como en el caso de Brasil) los movimientos tienden a formar estructuras más estables y jerarquizadas. Por el contrario, en situaciones de aguda descomposición estatal (Argentina 2001-2002 o Bolivia entre febrero y octubre de 2003) la tendencia fue a que la no-estatalidad de los espacios domésticos se extendiera como forma de acción a espacios públicos muy amplios. La ruptura del “muro doméstico” trajo, para sorpresa hasta de los propios protagonistas, la nueva de que la ocupación del espacio público se produjera portando los hábitos y formas propios del espacio doméstico (sartenes y cacerolas en Buenos Aires; hacer de las “artes chismográficas un juego de rumores deses-

tabilizadores” en El Alto). Así, en Buenos Aires los vecinos acudían a las asambleas –en las plazas del barrio– con sus animales domésticos y llevaban las sillas desde sus casas, mientras en El Alto velaban a sus muertos en las calles polvorientas autoconstruidas por la comunidad.

Estos breves ejemplos –hay miles en cada pico de la movilización no vertical⁸– ilustran la potencia que está adquiriendo el espacio doméstico, en el preciso momento en que la estatalidad atraviesa fases de debilitamiento con crisis puntuales. Encuentro grandes diferencias entre las formas que adquiriría la movilización sindical en el período de centralidad del movimiento obrero y las formas actuales de la protesta de los llamados excluidos. Me parece aún muy prematuro establecer conclusiones al respecto, pero las diferencias son notables: la actividad del movimiento obrero estaba revestida con las formas respetables de la democracia representativa, en el escenario público, y estaba condicionada por la aceptación de las reglas del capital en el taller, del patriarcado en la familia y de las jerarquías en todos los espacios de socialización. De modo que la aceptación de los hábitos jerárquicos por abajo iba de la mano de la sumisión al Estado, y las formas de acción (la huelga y la manifestación de calle) se dirigían a apuntalar “una estrategia de presiones oficinescas a las que se subordinaba el resto de las medidas de presión” (García Linera, 1999: 49).

Por el contrario, en el período actual, signado por el debilitamiento de los estados nacionales, veo a los movimientos más removedores actuando de modo “autocentrado”: desde la elección de representantes “ante ellos” hasta la adopción de formas de lucha autoafirmativas (Zibechi, 2003a: 31). Comparando la reciente “guerra del gas” con la movilización campesina de veinte años atrás, se dijo: “Ahora los indios *no piden nada*, exigen soberanía sobre un recurso estratégico y todo bajo el concepto de territorio” (Mamani Condori, 2004:10; énfasis propio). Aparece una nueva semejanza entre Bolivia y Argentina: exigir “que se vayan todos” es tanto como no pedir nada, “sólo” exigir soberanía. Y es que, al no reconocerle legitimidad al Estado, la acción de demandar pierde todo su valor.

Como puede verse, la no-estatalidad de la acción política abre la caja de Pandora. Luchas sin Estado, y no contra el Estado; pensar sin Estado, y no contra el Estado; ello supone colocarnos en otras coordenadas, inéditas e impensables poco tiempo atrás. Por lo pronto, podemos

8 Ranajit Guha, en el caso de la India colonial, compara la política de la elite con “la política del pueblo”. Señala que “la movilización en el ámbito de la política de la elite se alcanzaba verticalmente, mientras que la de los subalternos se conseguía horizontalmente”. Y añade que la primera era “más cauta y controlada”, mientras la segunda era “más espontánea” y se basaba en la organización tradicional de parentesco y territorial (Guha, 2002: 37).

considerar a la boliviana como “una revuelta del sentido común y el trastocamiento de la arquitectura invisible de la sociabilidad cotidiana” (Rivera Cusicanqui, 2004). Una revuelta autocentrada, que no depende de los tiempos del afuera, ni de las agendas oficiales, ni de la racionalidad política estatal. Estamos ante revueltas que surgen de necesidades y tiempos interiores, que antes de “salir” al espacio público han recorrido un camino subterráneo. En efecto, los actos temerarios y altaneros que impresionan a las autoridades “fueron tal vez improvisados en la escena pública, pero habían sido ensayados por largo tiempo en el discurso oculto de la práctica y cultura populares” (Scott, 2000: 264).

La cuarta característica que encuentro es que las formas de lucha más destacadas están relacionadas con *la defensa y afirmación de las diferencias*. Las nuevas formas de acción son “naturales” para sujetos que han hecho de sus territorios espacios en los que re-producen sus vidas: cortes de rutas, piquetes, levantamientos comunitarios, entre los más destacados.

El corte de ruta (“bloqueos” para los bolivianos, “piquetes” para los argentinos), quizá la forma de acción más extendida de los movimientos que abordamos, nació en Bolivia en la protesta conocida como “masacre del valle” de Cochabamba, en 1974. La movilización abrió una nueva etapa del movimiento campesino, en la que se conjugó la emergencia de “una nueva generación de dirigentes, con mayor acceso a la educación superior y más amplios contactos”, y la difusión de la corriente katarista, que fueron “el eje de la reorganización autónoma del sindicalismo campesino” (Rivera Cusicanqui, 1983: 144). La movilización del campesinado cochabambino (duramente reprimida por la dictadura de Hugo Bánzer) fue el punto de partida de la ruptura del pacto militar-campesino que se concretaría cinco años más tarde. En esa movilización, el bloqueo de carreteras fue incorporado al repertorio de formas de acción, siendo en adelante el recurso más importante de las movilizaciones rurales, primero, y luego de las urbanas a partir de la “guerra del agua” de Cochabamba en abril de 2000.

En Argentina, la modalidad del corte de ruta o “piquete” nació también de sujetos en transformación fuertemente territorializados: en Cutral Có, pequeña ciudad de la provincia sureña de Neuquén, y en la norteña General Mosconi, en 1996. En ambos casos, los ex obreros petroleros (actividad que daba trabajo y vida a las ciudades) pasaron de la ocupación “de por vida” a la absoluta incertidumbre, del salario seguro a la pobreza, y se autotransformaron de obreros en piqueteros en el breve lapso que va de 1992 (privatización de la empresa petrolera estatal YPF) a 1996-1997, cuando se lanza la actividad piquetera. En los dos casos, la aparición de esta nueva modalidad de acción se produce en un proceso de profunda reconfiguración de sujetos sociales.

El corte es una tecnología de lucha de usos múltiples. Oscila entre la interrupción de la circulación de mercancías, la protección de regiones o ciudades y, en su versión “ofensiva”, llega hasta el cerco progresivo como amenaza de aislamiento de la ciudad o de complejos estatales. Postulo que la amplitud que ha alcanzado el corte de ruta se relaciona con la territorialización de la protesta y del movimiento social. El corte es la mejor forma de defender los espacios controlados por los nuevos sujetos, pero en paralelo parece necesario considerar que en la inmensa mayoría de los casos tiene un carácter defensivo, no ofensivo en el sentido de instrumento para la apropiación del poder estatal. Por otro lado, el corte de ruta como repertorio se está transformando, como viene sucediendo en los casos de Argentina y Bolivia –cuestión que rebasa los objetivos de este trabajo.

Los pasos que viene dando el zapatismo parecen confirmar este postulado. La actividad “militar” del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tiene como objetivo primordial la defensa de los *caracoles*, los espacios de autonomía municipal y regional que han construido los rebeldes. En Argentina y en Bolivia, en amplias regiones de Ecuador y de forma menos visible en otros países del continente, el resultado de una década larga de levantamientos, revueltas y motines es la ampliación de los espacios de autonomía de hecho, no instituidos como en el caso chiapaneco, pero no menos eficientes en cuanto a su funcionamiento cotidiano. La región boliviana que circunda al lago Titicaca –donde se establecieron los cuarteles generales aymaras– y la propia ciudad de El Alto, los “territorios étnicos” en la sierra ecuatoriana, en espacios a más de 3 mil metros de altitud (Ramón Valarezo, 1993), pero también zonas del conurbano de Buenos Aires (y de forma incipiente la periferia de Montevideo⁹) presentan la forma de territorios donde se practica una autonomía implícita, en espacios donde el Estado nacional tiene poca o nula incidencia (habiendo sido explícitamente expulsado como en el caso boliviano) o está siendo sustituido por las redes de sobrevivencia de la población. La existencia de estos espacios es lo que ha permitido a los sectores populares sobrevivir a los efectos aniquiladores del neoliberalismo, cuando todo indica –si nos atenemos a los índices económicos y al deterioro de sus ingresos– que “deberíamos estar viendo a gente morir de hambre por las calles”¹⁰.

9 Sobre los pasos que vienen dando los “marginados” en Montevideo, ver Liscano (2002) y Contreras (2003).

10 La frase pertenece al economista venezolano Asdrúbal Baptista, citada por Alejandro Moreno (2000: 173) para explicar las razones que permiten a los sectores populares seguir reproduciendo sus vidas contra todo pronóstico. Para Moreno, la explicación es que “el pueblo tiene sus propias formas de sobrevivencia basadas en su estructura relacional

El corte de ruta, que se asienta en relaciones solidarias y comunitarias, es el principal método elegido por los rebeldes para proteger y defender los espacios que les permiten sobrevivir manteniendo sus diferencias, así como utilizarlos como plataformas desde las cuales seguir lanzando formidables desafíos a los poderosos.

LA AGENDA OCULTA O SUBTERRÁNEA DE LOS MOVIMIENTOS

Consideremos las crisis que provocan los levantamientos populares como momentos privilegiados para re-conocer el mundo del subsuelo y, en paralelo, como los momentos de mayor creatividad visible o “exterior” de los dominados. Dicho de otro modo, el levantamiento ilumina la creación interior de los movimientos, que habitualmente sucede en tiempos de “reflujo” y en las sombras, lejos de la visibilidad mediática. Ciertamente, no todos los levantamientos son portadores de características similares, ni siquiera guardan similitud dos levantamientos consecutivos protagonizados por los mismos actores en el mismo espacio. Prueba de ello son las diferencias sustanciales entre la media docena de levantamientos protagonizados por la CONAIE en Ecuador, desde 1990. Sin embargo, la revuelta ilumina la agenda oculta de los diferentes actores, aunque esa iluminación apenas revele aspectos parciales de esos proyectos.

Con los términos “proyecto” o “agenda” no pretendo sustituir los vocablos “programa” o “estrategia”, ejes de la construcción racional de las izquierdas y del movimiento sindical. Podemos develar un “proyecto” subterráneo, o implícito, sólo *a posteriori* y en la larga duración¹¹. Por agenda o proyecto subterráneo debemos entender el recorrido que los subordinados están haciendo para sobrevivir. En un período de descomposición sistémica, ese “proyecto” tiene más posibilidades de convertirse en realidad, pero ese no es nunca su aspecto más destacado, ya que no se trata de una construcción abstracta sino del camino que están recorriendo los sectores populares como consecuencia de una serie de escogencias hechas a lo largo del tiempo, con el objetivo de seguir existiendo.

Sería un grave error considerar que los vocablos “oculto” o “subterráneo” pretendan que existe una ocultación deliberada por parte de los protagonistas, con el fin –racional– de engañar a sus adversarios. El carácter de oculto (pueden usarse sinónimos como enmascarado,

que tiene su centro de condensación en la familia popular, la cual, por otra parte, posee características muy propias”.

11 En el caso ecuatoriano, el proyecto subterráneo de larga duración de los quichuas de la sierra habría sido la “reconstrucción de los territorios étnicos” (Ramón Valarezo, 1993: 188-203).

encubierto o desfigurado, que ayudan a comprender la naturaleza del tal “ocultamiento”) lo es también para los propios protagonistas. Reflexionando sobre la historia de la confederación campesina boliviana (CSUTCB), Pablo Regalsky señala que “el verdadero movimiento de la gente seguía una agenda oculta, diferente a la que imaginaban los líderes *pero también diferente a la que imaginaba la propia gente* al empezar a actuar” (2003: 130; énfasis propio). Hacerlo visible supone, junto a la mirada larga, comprender el movimiento en su lógica interior, en su inmanencia. Incluso en sus cambios y modificaciones en el tiempo largo (único tiempo en que la inmanencia puede des-plegarse), promovidos también por su lógica interior.

Desde este punto de vista, podemos decir que la estrategia a largo plazo de los que viven en el sótano está siendo la de construir un mundo diferente desde el lugar que ocupan. En ese sentido, rechazan –ahora también de forma explícita y consciente– incorporarse o integrarse en el papel de subordinados o excluidos que les tiene reservado el sistema. Al parecer, el cambio de lugar social ya se ha producido. El momento más álgido del cambio fue la descomposición del Estado benefactor por la neutralización del taylorismo-fordismo como forma de control y de producción, por el desborde de las bases obreras y populares. Aquellos sectores sociales que provocaron tal desborde fueron luego empujados al sótano por el capital al huir de la insubordinación social, bajo la forma de desindustrialización, flexibilidad laboral, globalización.

Tampoco debemos pensar que los sectores populares actúan de forma ciega o “espontánea”. La espontaneidad no existe en los tiempos largos. Es una de las maneras encontradas por el Estado, y en especial por los partidos de izquierda, para enjuiciar a los subordinados cuando no actúan del modo esperado, en base a la racionalidad formal de causa-efecto. Se los acusa a menudo de que sus acciones no contemplan un plan para sustituir el sistema actual por otro. Sin embargo, podemos aceptar con Ranajit Guha que “el campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba. El hecho de que su acción se dirigiese sobre todo a destruir la autoridad de la elite que estaba por encima de él y no implicase un plan detallado para reemplazarla no lo pone por fuera del reino de la política. Por el contrario, la insurgencia afirmaba su carácter político precisamente por este procedimiento negativo que trataba de invertir la situación” (2002: 104).

Es muy probable que el proyecto subterráneo de los movimientos populares que nacen en el “sótano” sea la dispersión del Estado neocolonial y neoliberal. Del Estado sin más. Pero eso no lo sabremos poniendo un micrófono delante de los protagonistas porque, siguiendo el ejemplo anterior, probablemente ellos tampoco lo estén formulando de esa manera, por lo menos en el estadio actual de las luchas. Sabemos,

sin embargo, que “el movimiento que está sucediendo ante nuestros ojos” (Marx) consiste en un gigantesco esfuerzo para la sobrevivencia cotidiana de los oprimidos, y que ese esfuerzo implica fortalecer los espacios y los lazos comunitarios que vienen construyendo y recreando. La lógica de esa re-creación de vínculos en espacios separados parece consistir en afirmar las diferencias, ya que sólo de esa manera los dominados pueden sobrevivir. O, mejor dicho, *sólo pueden sobrevivir como diferentes (y en la diferencia)*.

En las dos últimas décadas, los movimientos vienen recorriendo una serie de caminos que –en muchos casos– apuntan en direcciones similares. No se trata de *un* camino, ni de *un* movimiento, sino de tendencias que parecen encaminarse en direcciones afines. Mucho más no puede decirse. Lo que sí podemos asegurar es que hay formas de recorrer estos caminos no unificadas, en base a tiempos interiores más que exteriores, sin direcciones que lleven a los movimientos en un sentido preestablecido.

La forma en que los movimientos están recorriendo sus caminos es ya de por sí un proyecto de sociedad. Y considero que esta cuestión es especialmente importante. Dicho de otro modo, la forma de caminar los caminos nos está indicando que hay elementos de nueva sociedad en los movimientos. Que esos elementos se expandan, profundicen y fortalezcan, en vez de debilitarse y extinguirse, depende en buena medida de la conciencia sobre esa diferencia interior que tengan los integrantes de los movimientos. En la forma de caminar aparece, o no, la diferencia; y en ese andar pueden, o no, expandirse los rasgos distintivos. Aunque postulo que la forma de caminar es el verdadero “programa” de los movimientos, esa forma de caminar no es un modelo aplicable a todos en todas partes. En paralelo, no hay ni un caminar permanente ni continuo, ni formas idénticas de hacerlo. En algunos casos se transita por caminos que parecen no llevar a ninguna parte; o directamente no hay caminar permanente (exterior, visible), aunque siempre hay un fluir (o hay silencios en vez de palabra y acción, como nos enseñan los zapatistas).

Debemos confiar en que los oprimidos están haciendo experiencias; están aprendiendo incluso a comunicarse sin hablar, a caminar sin moverse y a luchar sin luchar, cuestiones todas que desafían nuestra capacidad de comprensión anclada en conceptos binarios y externos, y regida por los tiempos lineales de la producción capitalista.

Entre los muchos desafíos que enfrentamos, está el de pensar y actuar sin Estado. Esto supone pensar y actuar en movimiento; pero los movimientos, como hemos visto, apuntan hacia la dispersión, no sólo respecto del Estado sino de cualquier punto de apoyo. Un estado de fluidez que disuelve los sujetos. Quizá eso quería decir Marx cuando señalaba, en el Manifiesto de la Internacional, a raíz de la derrota

de la Comuna, que no tenemos “ninguna utopía lista para implantar” sino “simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno”. “Dar suelta”: potenciar, afirmar, expandir, irradiar el nuevo mundo que ya vive en el mundo de los oprimidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Clastres, Pierre 2004 *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Colectivo Situaciones 2002 *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: De Mano en Mano).
- Contreras, Sandra 2003 “Encuentro de huertas urbanas. De sembrar y cosechar” en *Brecha* (Montevideo) 7 de noviembre.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix 1994 *Mil mesetas* (Valencia: Pre-Textos).
- García Linera, Álvaro 1999 *Reproletarización. Nueva clase obrera y desarrollo del capital industrial en Bolivia (1952-1998)* (La Paz: Muela del Diablo).
- Gilly, Adolfo 2003 “Historia desde adentro: la tenaz persistencia de los tiempos” en Hylton, Forrest et al. *Ya es otro tiempo el presente* (La Paz: Muela del Diablo).
- Guha, Ranajit 2002 *Las voces de la historia* (Madrid: Crítica).
- Harvey, David 2004 “El ‘nuevo’ imperialismo: sobre ajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión”, en <www.vientosur.info>.
- Hylton, Forrest y Thomson, Sinclair 2003 *Ya es otro tiempo el presente* (La Paz: Muela del Diablo).
- Leff, Enrique 1998 *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder* (México DF: Siglo XXI).
- Limpas Ortiz, Víctor Hugo 2002 “Ciudad de El Alto: una aproximación a la arquitectura y el urbanismo de la nueva metrópoli altiplánica” en *Arquitectos*, <www.vitruvius.com.br/arquitectos/arq000/esp118e.asp>.
- Liscano, Carlos 2002 “La desaparición del Estado” en *Brecha* (Montevideo) 5 de mayo.
- Lojkin, Jean 1988 *La clase obrera, hoy* (México DF: Siglo XXI).

- Mamani Condori, Carlos 2004 “Desde el Qullasuyu bajo el signo de la violencia y la muerte” en *Bolivian Studies Journal* (Urbana: University of Illinois Library) Vol. 4, N° 1.
- Merklen, Denis 2002 “Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio” en *Márgenes* (Buenos Aires) N° 26.
- Moreno, Alejandro 2000 “Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social” en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Nochteff, Hugo y Güell, Nicolás 2003 *Distribución del ingreso, empleo y salarios* (Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA).
- Página/12 2004 “Un jardín piquetero en La Matanza” (Buenos Aires) 5 de mayo.
- Patzi, Félix 2003 “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003” en Hylton, Forrest et al. *Ya es otro tiempo el presente* (La Paz: Muela del Diablo).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2001 *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad* (México DF: Siglo XXI).
- Poveda, Pablo 2003 “Trabajo, informalidad y acumulación: formas de producción y transferencia de excedentes de la industria manufacturera boliviana” en *Documentos de trabajo* (La Paz: CEDLA) N° 30.
- Ramón Valarezo, Galo 1993 *El retorno de los runas* (Quito: Comunidec).
- Regalsky, Pablo 2003 *Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio* (La Paz: CEIDIS).
- Rivera Cusicanqui, Silvia 1983 “Luchas campesinas contemporáneas en Bolivia: el movimiento katarista, 1970-1980” en Zavaleta Mercado, René (comp.) *Bolivia, hoy* (México DF: Siglo XXI).
- Rivera Cusicanqui, Silvia 2004 “Metáforas y retóricas en el levantamiento de octubre” en *Bolivian Studies Journal/RevistaE*, Vol. 4, N° 1, en <www.bolivianstudies.org/eng1/journal/2004_01.pdf>.
- Rojas, Bruno y Guaygua, Germán 2003 “El empleo en tiempos de crisis” en *Avances de Investigación* (La Paz: CEDLA) N° 24.
- Scott, James 2000 *Los dominados y el arte de la resistencia* (México DF: ERA).

- Subcomandante Insurgente Marcos 2003 “Un mundo nuevo”,
en <www.rebeldia.org>.
- Wallerstein, Immanuel 1999 *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Weber, Max 1993 *Economía y sociedad* (Madrid: Fondo de Cultura Económica).
- Williams, Raymond 2000 *Palabras clave* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Zibechi, Raúl 1999 *La mirada horizontal* (Montevideo: Nordan).
- Zibechi, Raúl 2003a *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento* (La Plata: Letra Libre).
- Zibechi, Raúl 2003b “Los movimientos sociales latinoamericanos. Tendencias y desafíos” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 8, enero.